

quiera Dios que yo sea la muerte de mi señor»; y volviendo la proa para la fuga, el Conde sacó la espada diciendo: «Vuelve, villano; no te hagas pródigo de mi honra; no aguardes á enojo agraviado ni á paciencia ofendida.» Y quitándole el timón de la mano, él mismo guió el barco á la galeota, que, como águila, ya venía, tendidas las alas, á hacer presa en el pequeño pájaro. En llegando, le hicieron salva con cuarenta mosquetes; y el fortísimo Príncipe, con su espada en la mano, abrazado un cojín de terciopelo carmesí, acompañado de su ánimo y de la ventura de César, rompió una lluvia de saetas y pelotas, y, trepando por un remo, subió á lo alto con algunas heridas, desembarazando el camino á los pocos que le seguían. Al Sol de Niebla se oscureció la Luna, helándose la sangre de los turcos, que se defendían puestos en la última desesperación. Mas el valentísimo Conde les dió tan furiosa priesa, que les turbó el uso de la pólvora, les agotó las saetas, los palos y las piedras, y hasta melones le tiraron. Al fin, gloriosamente, á todos los rindió, á muchos hirió y mató, y con veinticuatro dellos entró triunfando en Sanlúcar, los cuales envió presentados (vestidos de rica librea) á su Majestad (1).

(1) Esta hazaña ya había sido celebrada en 1612 por el dominico Fr. Pedro Beltrán, en una larga tirada de sonoras coplas reales (*La Caridad Guzmaná*, canto VII). Habla la Fama á Pedro de Rivera Sarmiento, el soldado que llevó á Sanlúcar la milagrosa imagen de la Virgen de la Caridad:

Veslo allí, sale de Güelva
en un barco desarmado,
antes que su rostro vuelva
el sol al mundo eclipsado
y su hermosura á la selva.
Hacia Sanlúcar navega;
y advierte allí la refriega
naval de mayor fortuna
que ha visto en agua la luna
desde el Cuzco á la Noruega.

Junto á la dorada torre
un moro bajel ve, cuando
con la vista el mar recorre,
que tras su barco bogando
con más de veinte pies corre.
Pero no es bajel, Rivera,
sino una media galera
que el abismo ha vomitado,
donde el infierno ha embarcado
su enojo y cólera fiera.

El barco humilde del Conde
breve chalupa parece,
que entre sus remos se esconde;
ya del trance que se ofrece
no hay escapar, ni por dónde.
Ya los criados se van
con el invicto Guzmán
y los remeros desnudos
pálidos, turbados, mudos
y casi sin alma están,

Porque tres barcos que vienen
con el del Conde, cargados
de mosquetes, se detienen,
y en el suyo, ni hay soldados,
ni armas ni defensa tienen.
Pues mira el fuerte tritón
como anima el escuadrón
tímido que le acompaña,
y, para heroica hazaña,
gobierna en proa el timón.

Saquen los Tito Livios en parangón todas las famosas hazañas de los ancianos y flamantes siglos, para que (á pesar de los torvos ojos de la invidia), no falten coronas de laurel rostradas que pise nuestro gran Duque. No se fie tan clarísima historia de sólo el espirante mármol, que es poco elogio para tanto príncipe; mas,

Ya, cual milano cruel
que á pollo pequeño embiste,
se viene al barco el bajel,
y el Conde al timón asiste
hecho un Palinuro fiel.
De manera que el estrago
que promete con su amago,
lo evita, el timón torciendo,
porque así, el barco huyendo,
da el bajel el golpe en vago.

Con esta traza el encuentro
fatal del contrario evita,
que si coge el barco dentro,
su palamenta infinita
lo sepultará en el centro.
Ya están juntos: mira agora
puesta en pie la chusma mora
de treinta y siete contrarios,
tan fuertes y temerarios,
que el sol de verlos se azora.

Mira las violentas luces
y las balas que vomitan
doce moros arcabuces,
tras de quien se precipitan
cien mil dardos andaluces.
Mira como ya desnudan
corvos alfanjes, que anudan
con los nervios á las manos;
ya gimen los africanos
y turbia salmuera sudan.

Mira al Conde con su espada,
cuyo reflejo consuela
su gente, poca y turbada;
mira, á falta de rodela,
cómo abraza una almohada.
Y con ella reparando
crudos golpes y tirando
cuchilladas sin parar,
hace á los moros temblar,
su valor godo admirando.

Advierte con la destreza
que el fuerte Conde gallardo
hurta el cuerpo y la cabeza
á la cólera de un dardo,
y en un arcabuz tropieza.
Una pierna se lastima
en él y, saltando encima
dél banco, la espada esgrime;
que no hay mal que desanime
al Guzmán que otros anima.

Ya el arcabuz desechado
alza, tropezando en él,
y mal dispuesto y cargado,
al capitán del bajel
apunta y hiere en un lado.
No ha hecho más feliz suerte
Mirmidón ni griego fuerte,
pues por la boca que abrió
la bala, el alma salió
y entró bascando la muerte.

Viendo muerto al capitán,
los moros, que se resisten,
al indefenso Guzmán
como caimanes embisten
que á precipitarse van.
Mira del arráez el brío
con que salta en el navio,
y la morisca manada
mira, de una cuchillada,
cómo le derriba al río.

Advierte cómo procura
el Conde darle sus brazos,
nuevo Eneas en blandura,
que del mar le saca en brazos
y en el barco lo asegura.
Ya la cólera guzmaná
alarbes trincha y rebana,
y entra en el bajel primero,
con su tizona de acero
y su rodela de lana.

Ya los moros se retiran
hacia la proa y del Conde
la espada temblando miran,
que en sus entrañas se esconde,
con que alma y sangre respiran.
Unos al agua se arrojan,
otros cual tigres se enojan,
y desembrazan un dardo
que si da al Conde gallardo,
de la vida le despojan.

Mas aunque su buena estrella
lo fué á tiempo reparando,
con todo aqueso, le mella
la guarnición, y colando
al brazo, hiere y desuella.
Aquí levanta la espada
y tira una cuchillada
á quien lo tiró, tan cierta,
que por su sangrienta puerta
salió el alma condenada.

navegando dichosamente la Fama de cien voces de bronce, que menos no son bastantes, por la inmensa región de su gloria, imprime sus alabanzas en los inmortales pliegos del cielo, aunque padezcan sombra las demás imágenes. Y porque siempre he de besar la mano que me ayudó á subir, permítaseme que acredite mi reconocimiento con este Encomio:

Rompe el volante leño
Los cristales turquíes,

Apenas dél se ha vengado,
cuando un guijarro impasiente,
de alguna furia tirado,
el izquierdo brazo siente
que le ha herido y lastimado.
Otro, acertándole al pecho,
como era tan corto el trecho,
casi dentro en él se esconde,
y aquí, á ampararse del Conde,
un moro llega derecho.

Échase á sus pies, y empieza
el Guzmán noble á amparar
su vil traición y bajeza;
que es muy fácil de engañar
la piedad y la nobleza.
Pónese el moro tras él
y del alfanje cruel
alza los filos feroces;
danle sus vasallos voces
al descuidado Manuel,
y al repetir voceando:
«Guarde, guarde Vueselencia»,
vuelve el Conde, y reparando
con su espada y su inocencia,
queda del golpe temblando.
Porque fué tan inhumano,
que de la invencible mano
casi le sacó la espada,
cuya guarnición, tronchada,
se enredó al pomo liviano.

Ya, cual víbora ofendida,
le quita al moro traidor
la infame y cobarde vida,
contra su fiel protector
rebelada y atrevida.

Sobre él llueven balas, dardos,
una y otra cuchillada,
piedras y guijarros pardos;
pero ninguno halla entrada
en sus reparos gallardos.

No cocodrilos traidores,
ni estorninos chilladores

ni caimanes, ni langostas,
del enojo de Dios postas
y amago de sus rigores,

Ni zorzales se han juntado
para embestir al olivo
ya de azabaches cargado,
como contra el Conde altivo
el bando moro arrestado.
Pero el augusto Manuel,
mira el coraje cruel
con que á todos acomete,
hiere y mata cuatro y siete
y rinde, en fin, el bajel.

Mira muertos trece moros,
y los veinticuatro vivos
por venas rotas y poros,
vertiendo sangre, captivos,
como agarrochados toros.
Mira el triunfo y alegría
con que en Sanlúcar, de día,
entra, y cómo, en mejorando,
ricamente aderezando
la presa, á Dios se la envía.

Mira los moros vestidos
de finas sedas labradas,
y de arcabuces rompídos
dos acémilas cargadas,
con veinte alfanjes lucidos.
Haces de dardos, cadenas,
cajas de despojos llenas,
una bandera, un clarín,
y toda la presa, en fin,
salpicada de sus venas.

Mira al de Lerma prudente
y á la sacra majestad
de Filipo omnipotente
con el gusto y gravedad
que celebran el presente.
El ademán y alegría
con que admiran la osadía
del Conde, que a treinta y siete,
con solos nueve acomete,
que es guzmanes valentía.

Burlándose del Euro,
Que más cojea cuanto más le sigue,
Cuando una galeota,
Del Sol de Guzmán Clicie,
Con diluvios de rayos
Hace la salva al que las armas pide.
Mas el Conde de Niebla,
Neblí, á la garza embiste,
Esgrimiendo la pluma,
Que hoy en las alas de la Fama sirve.
En láminas de acero
Muertes vivas imprime,
Y temor de los dioses,
Que acechan por diáfanos viriles.
Pasmáronse las ondas,
Líquidamente libres,
Y descansó la arena
Que ignoró paz, desmenuzada en lides.
Al desnudar el rayo,
Brilló en la Niebla el iris,
Y en la cerúlea plata
Tierno coral y espumas carmesíes.
Leones mauritanos
Huyen, conejos viles,
Desmintiendo á la muerte,
Minando los sepulcros del esquife.
Llegaron al socorro,
Vadeando rubíes,
Tres barcos; mas hallaron
Muerta la Hidria y descansando [á] Alcides.
Á encarcelar los pasos
La admiración asiste,
Que, las cejas en arco,
Olvida respirar y mármol viste.
¡Oh, el mejor de los Buenos,
De tus calderas timbre,
Cuyo pie besa el Orbe,
En los tributos que á Sanlúcar rinde!
Dichosa edad penetres,
Ya en Atenas, ya en Chipre,
Y, entre lilios de Lerma,
Lo que revives fénix cantes cisne.

EN LA PINTURA DE ESTA VITORIA

EPIGRAMA

Éste (que apura el laurel)
 Hizo barco á la Fortuna,
 Quitóle el arco á la Luna
 Y flechó al Tiempo con él.
 Del cielo hizo papel,
 Y, por más bien rasguear,
 Hizo una tinta á la mar,
 Y en coloradas espumas
 Mojó á la Fama las plumas,
 Y luego la echó á volar.

Siendo general de las Galeras de España (cuya dignidad alcanzó antes de esperalla, y dejó antes que se esperase), miraba los espantos sin espanto; y era tanto su valor y presteza, que no preguntaba cuántos eran los enemigos, sino dónde estaban. Tuvo orden del Rey que acometiese á Argel. Respondió que con dos condiciones: que le diesen todo lo necesario, y autoridad suprema para no depender en casos nuevos de órdenes viejas, pues su padre perdió la jornada de Inglaterra por no salir de la instrucción que llevaba. Al fin, ordenóle el Rey que corriese las Islas. Pues como ya tuviese mucho aparato para lo de Argel, y preñado el mundo de alguna gran facción, porque su reputación no corriese riesgo con el parto del monte, llamó á un caballero que no había menester pluma para trocar un secreto (porque todos se le venían á la boca), y muy en puridad le dijo adónde iban, encargándole secreto, y no fué menester más para que otro día lo supiese todo el mundo. Mostró el Duque en este toque su gran prudencia y valor, pilares sobre que carga el gobierno, que sin aquélla, es ciego; y sin éste, manco; que la prudencia es ojos, y el valor manos. Una reconoce, y otro vence.

¿Admiraré, pues, en tan juveniles años tan heroico valor y anciana prudencia, que mereció el gobierno de las Galeras de Espa-

ña? No, que me llama mayor admiración, de cuán gloriosamente las rigió, no, sino de cuán valerosamente las dejó. Despreció las siempre infieles ondas; no la falta de provisión de sus armadas. En menos estimó la vida que la reputación. Cosa grande fué vencer tantos enemigos; mayor ahuyentarlos con la ostentación de las armas y plumas. Lo que mereció venciendo, mejor lo mereció despreciando. Dejó las Galeras, negándose al honor de todos deseado, cuando él mismo le había hecho mayor. Cercó el mundo, no ménos con ellas que con alabanzas. Restituyó los caminos á la tierra. Y habiendo quebrado á la imitación el puente de la esperanza, y llenado el lugar que ocupaba, mostró que el honor se ha de merecer, y luego despreciar.

Despejen ahora el paso las humanas á las virtudes divinas, y tome primer lugar la Religión. Su afectuosa devoción al Santísimo Sacramento, cuyas fiestas celebra con tanta majestad y gasto, asistiendo en persona con toda su casa á las de cada mes, con la demanda en la mano, y acompañándole con ministriles cuando sale á los enfermos, siendo la campanilla rémora de sus pasos, sirviéndole á su propia costa con treinta colegiales, cuya sacra insignia traen bordada en el pecho, y sus reales calderas en la fimbria de las becas, ayunando todos los viernes del año en memoria de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Su ardiente devoción á la Santísima Virgen, á quien reza su oficio y rosario cada día, y ayuna todos sus sábados, yendo todos los años á pie una legua á Regla á visitarla; á cuya sagrada imagen de la Caridad sirve con diez mil ducados al año, con voto de defender su Concepción Inmaculada, á quien ha eregido tantas capellanías, asistiendo á la celebridad de sus oficios con toda su casa. De donde nació aquella epigrama:

Visitas, músicas, galas,
 Dicen, galán, vuestro amor;
 Que para alcanzar favor
 Es bien arrimar escalas.
 Ya (en amores declarados),
 No andará la Dama escasa;
 Pues le sustentáis la casa
 Y le vestís los criados.

La honra que hace á los sacerdotes, no consintiendo estén descubiertos un punto en su presencia, ni en pie estando él sentado, ni le hagan ceremonia que no sea conforme al Ceremonial romano, ni sus capellanes le acompañen ni digan: «Duque, mi Señor.» La afición á la virtud, que cualquiera señal suya le lleva los ojos, las manos y el corazón, como se vido en aquel ermitaño que se mudaba á otro sitio, y, pensando el Duque le obligaba necesidad, fué á su cueva, y (haciéndole sentar sobre su misma capa) le habló, dió cantidad de escudos y le labró casa; y, aunque, con todo eso, se pasó á la Breña de Morón, allí le envía cargas de regalos, y dineros. Y en otro enfermo que de la soledad trajo á su casa, y curó y regaló. Y en otro que halló en el Bosque, que le hizo casa y vistió y situó comida para toda su vida. Si ve un pobre (al parecer virtuoso), no ha de ir sin dineros ó vestido. Tanta inundación de mendigos, peregrinos, frailes y estudiantes como de Sanlúcar toman vuelo para todo el mundo, dicen (y con verdad) que en todo él no han gozado de más copiosas limosnas. Es increíble los hábitos, vestidos y dineros que da, los hospitales de enfermos que sustenta, de peregrinos, las limosnas que hace á los conventos, pobres vergonzantes y mendigos. Por todos los muertos pobres tiene situadas misas de colecturía. Las Pascuas da de limosna todas las décimas de sus rentas de trigo; setecientos ducados á la religión de Santo Domingo, para sus capítulos. Setecientos á la religión de la Merced de Recoletos, de quien también es patrono. Tantas carneradas y venados á todos los sacerdotes la Pascua; tantos ornamentos á los altares; tantos ducados para redimir cautivos, para criar niños espósitos, para pagar deudas y soltar presos, para pobres enfermos, á los curas, y para casar huérfanas, que faltan ceros en la aritmética y palabras al encarecimiento del más templado decir. No tanto para sí como para todos, vive escribiendo, despachando, favoreciendo, templando, componiendo, castigando, rogando y enriqueciendo. ¡Oh Príncipe divino! ¿Cómo te alabaré? ¡Oh tres y muchas veces divino! ¿Por dónde comenzaré? ¿Diré que nunca te han visto precipitado, ni se ha puesto el sol sobre tu enojo? ¿Tus buenas ausencias en alabar sin consentir

murmuración alguna? Que el que quiere saber faltas ajenas, se obliga á perdonar á muchos, ó á estar mal con todos. ¿El prevenir con remedio á todas las necesidades que sabes ó adivinas? Para que las socorras basta que las sepas: son emulación de tu largueza, y lo que es más agradable al que recibe es saber se le da cosa que no se le ha quitado á otro. Con dádivas buscas á los ausentes, ¡oh remedio público de los hombres! ¿Diré la virtud de tus criados, que siempre son semejantes á su señor? ¿Tu cuidado en que sepan y obren cuanto deben á cristianos? ¿El gozar á tu costa de haber servido á tus abuelos? ¿Tus confesiones todos los meses, teniendo un confesor solo? ¿El quitar los derechos de tus rentas, por el bien público? ¿No entremeterte en ganancias, ni consentirlo á ninguno cerca de tu persona? Que, como dijo Plinio á Trajano, no es bien que el Príncipe sea mercader. ¿El amor de la soledad? Que á escondidas se labran los panales y la fruta se defiende con la hoja. ¿Diré los sagrados empleos de tu ocio?

¡Oh, cuánto he dicho de tu virtud! ¡Cuánto me falta! Dilátase mi oración como en un inmenso campo, y, con todo eso, no hablo sino de pocos años. ¡Oh tan solo en la grandeza como en merecerla! No tienes de qué copiar, y así, contrahaces de ti mismo. Déjaste ver, sin hacernos cargo dello; no como aquellos hinchados que afectan divinidad, que, por enfado de los hombres y temor de igualdad, pierden el uso de los pies: reliquias en viriles, son llevados á cuestras, como cargas. A ti la fama y la piedad te llevan, no sobre los hombros de los esclavos, sino sobre las cabezas de los príncipes. No te alabo deidad, sino hombre, porque no te diferencias de los demás sino en la ecelencia. Naciste para gloria de los ojos; confesamos que cuanto no es amarte no es parte nuestra. Eres padre: no dueño. Tiéneste por uno de todos. No te acuerdas menos que eres hombre que de que gobiernas hombres. Pues si los deseos no llegaran á atreverse á fingir lo que en ti, serenísimo Príncipe, gozamos, es imposible que pongamos linde á tus glorias, pues tú no las has puesto á nuestra dicha; que aún ésta no nos ayuda á ser tan necios. No sacrificio lisonjas, bien que la alabanza frisa con la adulación. Con tu paz lo diré. Si nos fuerzas á que te

alabemos, te hemos de hacer fuerza que nos oyas, y en el Príncipe se reprehende despreciar las alabanzas; que éste es diferente de los hombres. La honra que recibe el que la merece, á todos se da. Mas ¿qué cosa puede ser grande para quien el mundo es pequeño? Deja, Señor, que te alabemos; ríndete, á nuestras obligaciones; no pareces dichoso en tanta cordura. Digamos lo que eres, pues gozamos lo que haces. ¿Sólo has de saber merecer el premio, y no esperallo? Permitan tus oídos lo que se debe á tus virtudes; que nuestra salud comienza de la cabeza, y el agradecimiento se mengua con la tardanza.

Sola á tu atención temo, ¡oh ilustre gloria tuya! ¡oh confusión mía! que cuando digo tus loores, me arrepiento de ser corto, y juntamente temo me acuses ser largo en ellos. Mas si de casa en casa y boca en boca anduvieras escuchando lo que todos hablan de ti, con gozo y admiración, á fe que no aprendieran á melindrear alabanzas tus delicados oídos. Aunque puedes tanto, no puedes poner un bocado en cada boca. Los incendios de amor no se apagan con modestia. Todos somos obligaciones. Quanto más nos templas, más nos incitas. En tu mano está que nos alegremos; no en la nuestra que sea con medida. ¡Oh de nuestros cuidados único cuidado! ¿Cómo nos podrás mandar que amemos moderadamente, si vemos en ti quanto merece amor y respeto, y si conservamos en memorias obligadas verdades agradecidas? No permitas forzosa división al albedrío. Ninguno se ve libre de la cadena de los beneficios; ninguno de tu liberalidad. Y no das para entretener la memoria de los murmuradores con más alegre presa. No redimes culpas con magnificencia; ganas amor, no perdón. Mira que no permite ocio el agradecimiento, y el beneficio es mercader de libertades. No son estas voces hijas de nuestro ingenio, sino de tu virtud, porque, si mucho te debemos por tus costumbres, más te debemos por las nuestras. Blasona con este noble trofeo de tu gravedad, que lo que antes se llamaba fuerza ya se llama costumbres; que para la reforma destas no importa el imperio, sino el ejemplo; que el miedo es infiel maestro de lo justo. ¿Qué terror pudiera hacer lo que tu respeto? Ya, señor, no se

cuenta entre las enfermedades incurables la ira del Príncipe. No se pone cuidado en no ser conocidos dél. Ya el rico no es agradable sacrificio para el Tirano. Ya éste no se apodera de las recreaciones ajenas, no tanto por gozar de ellas, como porque otros no las gocen; porque tú, Señor, cuidas más de la fama que de los deseos. Ya sabemos que los señores pueden, como los estoicos, sufrir los males y abstenerse de los deleites, y que la virtud de los mayores no es herencia de la sangre, sino trabajo de la persona; y que en grande poder también caben moderados pensamientos; y que con particular corazón no se ejercita bien oficio público. Has hecho que los que se contentaran con un príncipe no muy malo ya no le puedan sufrir sino muy bueno. A ti te alabo ahora; no á tus obras; porque obras loables también las hacen los malos. Tu mayor gloria es, Señor, que los que te loan no tienen que disimularte, descubrir ni olvidar, y estás cierto que cuando te alaban de humano no te acusan tácitamente de soberbio, y cuando de liberal, no te motejan de avariento.

Comenzando de Dios en la misa, gastas la mayor parte del día en cuidados y papeles. No te escondes en las horas menos cuerdas. Comes delante de todos. Es tu mesa para todos breve, por tu templanza; dilatada, por la dulce conversación de tu humanidad. Su abundancia resulta en beneficio de sacerdotes pobres. No te halla el medio día tan ocupado de la cena, que sólo sirva la comida de notar á tus convidados, ni, fingiendo templanza, te encierras para acallar la costumbre del vientre. No maravilla tanto el aparato de tu mesa como tu suavidad y agrado. Más admiran al dueño de la casa, aunque la has reedificado con mayor ánimo que se edificó. Tu ocio es batir los montes, fatigar las fieras, domar los collados, descolgar las aves del cielo, y competir con su velocidad; mas esto es común á hombre, y me llama príncipe. En esta esfera de divino pongo el vigilantísimo celo y puntual atención al servicio de tu Rey; la asistencia al despacho de las flotas y armadas, como olvidado de ti. Cuando la capitana naufragó en la barra, luego acudiste en persona á salvar la hacienda de su Majestad, hasta tirar de los fardos y cajones de azogue, y, sudando hasta

ponerle cobro, no te desayunaste en todo el día. ¿Qué diré de los magníficos templos que edificas, regalo de la vista y linde del deseo, no menos dignos de admiración que los divinos oficios que en ellos se celebran? Que, como sabes que la bendición de las riquezas es el buen uso dellas, y faltando éste no hay cosa más sujeta á desgracias, guardas tus tesoros en la liberalidad; que quien fia su crédito del interés no lo espera de la opinión. ¿Qué diré de las limosnas que por tu propia mano haces, que pasan de once mil ducados al año? ¿La nobilísima sangre Guzmán de tus reales venas, tan hecha á vengar agravios con mercedes? ¿Tu piedad en tomar el agua bendita de rodillas y besar los hábitos de los pobres religiosos? Que no reparo en la majestad de la casa que has labrado y en el servicio de tantos criados en que gastas (1) ducados cada día, como en ver esa excelentísima majestad, derramada como agua á los pies de Cristo el Jueves Santo, sirviendo en persona á veinticuatro pobres á la mesa, vistiéndolos de vestidos honrados de paño negro, dándoles cantidad de escudos. Y por cuanto nuestras buenas obras de tal manera son nuestras que son todas de Dios, quiero darle gracias en tu Angel Custodio el día de tu felicísimo nacimiento, que fué Pascua de Reyes, en este himno:

HIMNO

Nobleza de la angélica sustancia,
Que flores vuelas, que ámbar aspiras,
Informa de ti mismo á mi ignorancia.

Cantaré al son de dos templadas liras,
Asidas y sonantes dulcemente,
Si Apolo un rayo de tu luz me inspira.

Tú eres tutor de un Príncipe ecelente
En sangre, y más en las vitorias tantas,
Con que el sudor enjuga de tu frente.

Sandalias son tus palmas de sus plantas;
Mercurio, el paso incierto le encaminas,
Y á despejarle el polvo te adelantas.

(1) Hay un claro en el impreso: el que ESPINOSA dejaría en el original para poner la cantidad de ducados, que al cabo, por distracción, no puso.

Cuando duerme (tus alas por cortinas,
Con el dedo en la boca), lo entretienes,
Representando imágenes divinas.

En arnés de diamante lo contienes;
Con estímulo de oro lo provocas;
Con cadena de rosa lo detienes.

Cautos, de las sirenas lo revocas;
Retórico, las sirtes disuades,
Y el mar le pacificas con las rocas.

Fundido es un metal las voluntades;
Ángeles os conforma; es un pupilo,
La lisonja mayor de tus verdades.

Con mil (no siete brazos), como el Nilo,
Estériles pobrezas fertiliza;
Dígalo el mundo, y tú, Sanlúcar, dilo.

Por ti en devota pompa solemniza
Al Inmenso, en distancia poca estrecho,
Y el descuido en honrarlo fiscaliza.

Con nombre de Capilla, Cielo ha hecho,
Y en un Colegio de Angeles aúna
De Dios la gloria y dellos el provecho.

Cuando en Niebla eclipsó africana luna,
Bastárale un cojín de terciopelo,
Y de César la espada y la fortuna.

Si los cisnes descuelga de su vuelo,
Pienso que el plomo á la intención nivelas,
Y blanqueando se los traes al suelo.

Cuando acosa las fieras, con él vuelas,
Casi en caliente púrpura bañado;
¡Oh, Amor con alas, cuánto amante celas!

Correspondiendo, pues, á tu cuidado,
En tu abono han lucido sus acciones,
Que aun crédito á los ángeles han dado.

Criados de su padre honró con dones,
Á quien fué en sus exequias prodigioso,
Y heredó, más que estado, obligaciones.

Que no Alejandro vivirá famoso
Mientras rodare el sol redonda llama,
Tanto invencible como dadivoso.

Siempre nace en el oro que derrama,
Como Pactolo; invidias y avarientos
Mármoles son del templo de su fama.

Estrechado ha con fábrica los vientos:
Pobló su raridad, jaspe es testigo,
¿Diré de religión, ó de portentos?

De religión y de portentos digo,
Que á la cimbria del cielo se ajustaron.
¿Flegras temió? ¿Se apercibió enemigo?

No, mas sobre sus torres descansaron
Más de una vez los orbes celestiales,
Si la luna y sus bueyes tropezaron.

De Dios hinchó estas máquinas reales,
Donde oye su alabanza en dulce acento,
Propicio, en trono de oro, á los mortales.

Donde hoy celebra tanto Nacimiento
Un piélago de vulgo, que se altera
Ondeante (cual mieses) elemento.

Bien que en el Cielo estar se considera,
Por la armonía celestial, si humana,
Do el sol, fuente de luz, se esconde en cera,

Del Bueno (¡y cómo bueno!) soberana
Ostentación, con que le muda cargos
Al mes que lilió, no granizos, mana.

Restituya á Saturno siglos largos,
Luciendo ejemplo á mucha descendencia,
Por la tutela de tus ojos, Argos.

Hipoteque tu gozo á su obediencia;
Tus plumas vuele, pues en él te aplico
Vara ociosa, lograda diligencia.

En ti su amor y en él tu amor sea rico;
Date todo en favores á su celo:
Eso mismo que haces te suplico.

Fama que ha de ser tuya, crezca el vuelo
Sin precipicio; tal componga historia,
Que no echés menos en su tierra al Cielo.

Repártase en los dos igual vitoria,
De luchas, que, por cuanto suda en ellas,
Te aumente gloria en ser mayor su gloria.

Sin competencia, compitáis estrellas,
Y una luz en dos soles os concuerde,
Á pesar de la noche, siempre bellas.

El rubí ardiente, la esmeralda verde,
Cerca admite, no dentro; que, en efeto,
Igualmente las guarda que las pierde.

Pasa á sus manos el valor perfeto
Del oro y, despreciando sus honores,
Viene á ser perfección de su defeto.

¿Qué mucho, si es cristal de tus licores,
Si al nacer tuvo Reyes por Oriente,
Soles del Alba y de la Pascua flores;

Si, á tus solicitudes obediente,
Te ahorra de trabajo el alma pía
En la facilidad que te consiente;

Si el cielo luminarias de alegría
Enciende cuando nace y amanece,
Haciendo de la noche largo el día?

Retirado, á sí mismo se merece
Y aplica á lo inmortal mortal empleo,
Pues viene á caducar cuanto florece.

Clicie, se guiara al sol de tu deseo,
Y, deidad, acredita tu alabanza;
Espejo, en él te ves y en él te veo.

Flores y fruto logra á la esperanza,
Con valor adquirido, no heredado:
Que virtud con estado no se alcanza.

Á él van los ruegos como á altar sagrado,
De los hombres común defensa hecho;
De inundación de quejas fatigado.

Templo es de la piedad su noble pecho;
Nació con buena Estrella, Sol divino,
Á ser á mucha edad gala y provecho.

Vestido el iris, fénix peregrino,
(En mejor nacimiento) considero
Que le abres senda donde no hay camino.

Y, trocando el Tusón por el Cordero,
Beben sus ojos del eterno día,
Siendo tú de sus triunfos heredero.
De pronóstico pase á profecía.

Cuando más se debía á los ojos y voluntades de la Corte, por ser su grandeza, ornato, regocijo, gala, alabada (¡gran cosa!) de la misma ambición cortesana, cuando su suegro el de Lerma mandaba al mundo, sordo á sus ruegos y promesas, trató retirarse á la soledad de Huelva, diciéndole: «Tanto harta, señor, una fuente como un río. La Corte, donde toda la vida es corta, quiere lejos,

como pintura del Greco; si bien no tanto que enfríe, mas ni tan cerca que abrase. Aquí los favores se ríen de los méritos, y por grandes peligros se llega á otros mayores. Y ya ve V. Excelencia que el vivir no quiere priesa, y que no es poca cordura llegar al escarmiento antes que al daño. Cuanto al lugar, yo le hago, no él á mí, adonde llegarán las nuevas viejas, y no por eso peores. Al fin, no está rendido el que no ruega.» En esta soledad le halló el príncipe de los poetas don Luis de Góngora cuando dijo:

En sangre claro y en persona augusto,
Si en miembros no robusto,
Príncipe le sucede, abreviada
En modestia civil real grandeza;
La espumosa del Betis ligereza
Bebió no sólo; mas la desatada
Majestad de sus ondas, el luciente
Caballo que colérico mordía
El oro que suave lo enfrenaba,
Arrogante, y no ya por las que daba
Estrellas su cerúlea piel al día,
Sino por lo que siente
De esclarecido, y aun de soberano,
En la rienda que besa la alta mano,
De ceptro digna.

Y en su dos veces grande *Polifemo*:

Estas que meditó (1) rimas sonoras,
Culta sí, aunque bucólica, Talía,
¡Oh excelso Conde! en las purpúreas horas
Que es rosas la alba y rosicler el día,
Ahora que de luz tu Niebla doras,
Escucha, al son de la zampoña mía,
Si ya los muros no te ven de Huelva
Peinar el viento, fatigar la selva.
Templado pula en la siniestra mano
El generoso pájaro su pluma,
Ó tan mudo en la alcándara, que en vano
Aun desmentir el cascabel presume;
Tascando haga el freno de oro cano

(1) En el original, así; en las ediciones de las obras de Góngora, á lo menos, en las que tengo á mano, *me dictó*.

Del caballo andaluz la ociosa espuma;
Gima el lebrél en el cordón de seda,
Y al cuerno, al fin, la cítara suceda.
Treguas del ejercicio sean robusto
Ocio atento, silencio dulce, en cuanto
Debajo escuchas de dosel augusto
Del músico jayán el fiero canto.
Alterna con las Musas hoy el gusto;
Que (si la mía puede ofrecer tanto)
Clarín, y de la Fama, no segundo,
Tu nombre oirán los términos del mundo.

Habiendo acabado el famoso templo de la Caridad el Duque padre, por que no hiciese otra obra mortal después de aquella inmortal y divina, murió, grave de años y más de méritos, con obras dignas de sí. Lo último de las grandes cosas es acabarse. La triste nueva le halló en su retiro de Huelva, en el mayor gusto de su vida, regando las lechugas con Diocleciano; que nada falta al que nada desea. Dijo, arrebatao de dolor: «Hoy acabo de vivir: no mi padre, que vive á la gloria y á la fama. Púsoseme el sol; cayeron para mí las sombras mayores.» Habló lo que sintió. Sintió lo que habló. Temió la herencia: señal que la merecía. Saludó la carga con gemido; que, aunque el gobierno en el bueno está seguro, el bueno en el gobierno, peligroso. Sabía que todos sus vasallos habían de dormir ya con sus ojos. No recibió beneficio, sino lo hizo. Llamáronle, no como á señor, sino como á socorro. Obligó á su padre con recibir lo que dejó; no por propia ambición, sino por ajeno provecho. Acetó el estado del que murió de oprimido con él. La priesa de llamarle no fué obra del caso: á todos debía deseos; que no agradara tanto después, de señor, si antes de serlo no hubiera agradado. Llegado, pues, á Sanlúcar, mandó avisar de la muerte de su padre á todos los deudos y amigos. La vida experimenta á los dichosos; la muerte, á los grandes. Celebró las exequias con la mayor ostentación, aparato y majestad que está en memoria de los hombres. Casi ecedió los límites de la grandeza y piedad; que el amor desea adelantarse á la moderación, si bien ningún hijo honró á su padre demasadamente. Hizo dar lutos á